



EL MUNDO MAGO

CÓMO VIVIR
CON

ANTONIO
MACHADO

ELENA MEDEL

Ariel

EL MUNDO MAGO

CÓMO VIVIR
CON

ANTONIO
MACHADO

ELENA MEDEL

Ariel

1.ª edición: mayo de 2015

© 2015: Elena Medel

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2235-3

Depósito legal: B. 8.284 - 2015

Impreso en España por Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el
91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Mis rejas y mis rosales	11
-------------------------------	----

UN VIAJERO NO MÁS:

ANTONIO MACHADO Y LAS CUESTIONES DE UNO MISMO

Machado y uno mismo	21
Machado y la poesía.....	29
Machado y los sueños	37
Machado y la memoria	45
Machado y la muerte	53
Machado y la soledad.....	61
Machado y la fe	69
Machado y la felicidad	77

EL MUNDO TRANSPARENTE:

ANTONIO MACHADO Y LOS COMPLEMENTARIOS

Machado y los años primeros.....	87
Machado y la familia	95
Machado y los demás	103
Machado y el amor.....	113

Machado y el feminismo.....	121
Machado y Caín	131
Machado y los apócrifos	139
Machado y el dinero	149

CONTRA EL MIEDO DE NAUFRAGAR:
ANTONIO MACHADO Y LOS ALREDEDORES

Machado y el tópico del <i>beatus ille</i>	157
Machado y la humildad	165
Machado y la educación	175
Machado y la ciudadanía.....	183
Machado y el compromiso	193
Machado y España	203
Machado y el paisaje	213
Machado y el viaje	221

Cronología.....	229
-----------------	-----

Machado en tuits.....	239
-----------------------	-----

Para leer a Machado	243
---------------------------	-----

Agradecimientos	245
-----------------------	-----

**UN VIAJERO NO MÁS:
ANTONIO MACHADO
Y LAS CUESTIONES
DE UNO MISMO**

MACHADO Y UNO MISMO

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
y del amor y del placer,
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
un día al imposible fue.
Ruego por Antonio a mis dioses,
ellos le salven siempre. Amén.

En la cubierta del volumen de las *Poesías completas* figuraba este poema: la bienvenida a los poemas de Antonio Machado no la pronunciaron sus versos propios, sino los de otro autor. En letras negras sobre retrato rojo sobre fondo blanco, la “Oración por Antonio Machado” de Rubén Darío. Incluida en *El canto errante* (1907) y elegida antes que el célebre “Retrato”, esta decisión editorial concuerda con la modestia extrema del poeta, siempre empeñado en un segundo plano, a no ser que resultara necesario dar un paso al frente.

Cuentan las biografías que, desde jóvenes, se consideraba a Manuel el hermano destinado al éxito. Extrovertido, cómodo en la fiesta y en la bohemia, el mayor de los Machado viajó primero a París, y alargó su estancia durante años; allí conoció las vanguardias, aún desperezándose. Aunque apenas un año separaba la fecha de nacimiento de ambos hermanos —Manuel nació el 29 de agosto de 1874; Antonio, el 26 de julio de 1875—, Manuel ejerció de cicerone y protector de su hermano. Le guía en sus fallidos primeros pasos teatrales, gracias a sus contactos, y también gracias a la posición de Manuel como secretario en diversas revistas literarias publicará Antonio sus primeros poemas, marcados todavía por sus viajes franceses. Los dos hermanos conocerán un éxito similar en vida, compartido incluso gracias a su trayectoria teatral, aunque el paso del tiempo haya orillado la obra de Manuel.

Antonio Machado calló, entonces, en su vida y en su poesía. En este rasgo insiste Rubén Darío: «misterioso y silencioso», con un «dejo/ de timidez» en su discurso y una poética atravesada por «versos profundos» llenos de «secreto»; la “Oración por Antonio Machado” de su amigo Rubén Darío se interpreta como una excursión guiada al imaginario personal de Machado, cada rezo de Darío una pauta para interpretar.

El silencio de Antonio Machado dejó espacio a la opinión de los demás. La paradoja de hablar sobre el hablar

de uno mismo, y comenzar lo con la referencia a los demás, se torna lógica en el caso de Machado. No sé si consciente de que uno se define por las palabras de los otros, por las reacciones de los otros ante sus decisiones, por el recuerdo que graba en los demás; no sé si consciente de todo esto, la cubierta de las *Poesías completas* que me revelaron la poesía de Antonio Machado comenzaba con versos ajenos.

No se trata, entonces, de que Antonio Machado callara: se trata de que hablaba por boca de otros. Cuando escribió que «ninguna voz es la mía», rechazaba las modas en las que se distraían sus compañeros de generación, pero en cierto modo también definió esa mezcla de voz ausente en la propia voz y ausencia en las voces de otros. La vida no es la poesía pero también la vida sucede así. Tampoco nuestra voz nos define, porque nos presenta subjetivos: nos componemos —un puzle— de las voces de los demás. «Nunca trases tu frontera,/ ni cuides de tu perfil;/ todo eso es cosa de fuera». Eso que dice alguien, aquello que niega otro, se superponen y se añaden y nos obtenemos. Al fin y al cabo, se trata de que uno mismo no importa; y se trata también, al mismo tiempo, de que uno constituye —con Jaime Gil de Biedma— «el argumento de la obra».

Uno mismo no resulta tan necesario, opinaba Antonio Machado, como para ocupar el centro del mundo y elaborar su discurso desde allí. Importa la mirada: aquello que se observa y que resulta digno de ser contado, y al mismo tiempo aquello que otros no perciben y en lo que nosotros sí que nos fijamos. Importa la mirada, entonces, que reúne dos planos de interés: aquello que se observa, y el punto desde el que se observa. El lugar, la actitud, la circunstancia de quien repara en algo, y se lo piensa, y lo escribe. De esta forma, Antonio Machado

suele posarse en lo que no vive como reflejo de lo que vive —los paseos, los paisajes, «los dispersos caseríos,/ los lejanos torreones»—, y en lo que nos empeñamos en no ver, como el «trágico viajero,/ que debe ver cosas raras,/ y habla solo y, cuando mira,/ nos borra con la mirada».

Uno mismo es el tamiz. Machado se aparta del poema y, en su gesto, deja su impronta y uno mismo filtra aquello sobre lo que se habla. Antonio Machado calla, Antonio Machado habla por otros y, sin embargo, jamás se ausenta de sus poemas: lo posibilitan la insistente primera persona del singular o el juego directo de los planos. Camina poca gente en sus poemas: él, quizá algún destinatario, a veces Leonor o Guiomar, es posible que alguien asomado, siempre el lector y su conciencia.

Cuatro años más tarde de la publicación de su primer libro, *Soledades*, Antonio Machado decide reeditarlos con cambios sustanciosos. Elimina una parte importante del conjunto original —un total de trece poemas— y, sobre todo, modifica y amplía el título. Del gongorino *Soledades*, de la certeza de la presencia única, pasa a los distintos viajes —y a las distintas presencias— que contiene *Soledades. Galerías. Otros poemas*. El debut de Antonio Machado, su tarjeta de presentación, incluye poemas sobre la sensación de la ausencia, con el trasfondo de la dicha —o la desdicha— de no estar acompañado, y al mismo tiempo abre *Galerías* para el conocimiento de quien escribe y de quien lee. En cierto modo, *Soledades* se abre al exterior, a los demás, a la relación que se proyecta de uno mismo hacia su entorno; *Galerías* deshace el camino para escarbar en su interior, bien en lo que nos han dejado los otros —aquella herencia que preferimos asumir—, bien en lo desconocido latente. La “Introducción” a este bloque se abre con esta estrofa:

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto.

Y la estrofa se abre señalando, a su vez, a su protagonista: «el alma del poeta». El sujeto que recorre estas *Galerías* se convierte —al mismo tiempo— en el espacio recorrido: el poeta habla y se habla. En eso consiste la misión de quien escribe, y a eso aspiramos también cuando nos enfrentamos como lectores a un buen poema: a escarbar en uno mismo. La mirada al otro se imprime también de la mirada a uno, dando voz a los demás, porque tomen la palabra o porque se reflejen en el texto. Aunque no nos apellidamos Alvargonzález, en muchas ocasiones nos hemos dirigido —silenciosos— «hacia la Laguna Negra». Ese lugar, los significados que Machado le otorga, implica codicia y traición, sangre fría: lo hemos transitado alguna vez. Somos nosotros.

Para defender la excelente salud de la poesía española de la época, que algunos «han sentenciado a muerte» —según lamenta en su argumentario—, el diario progresista *El Liberal* inaugura la sección “Poetas del día”. Su subtítulo, “Autosemblanzas y retratos”, avanza la intención del periódico: la de reunir «una poesía íntima, nota personal de cada uno de los poetas jóvenes más sobresalientes», y llevar la contraria con ella a quienes aseguran que en España se escribe mala poesía y que, en todo caso, nadie la lee porque a nadie le interesa.

El 1 de febrero de 1908, la primera página de *El Liberal* acoge la primera versión del célebre “Retrato” de Antonio Machado.

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradamín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Para recorrer uno a uno todos los temas en los que insiste la poesía de Antonio Machado bastaría con tirar de cada uno de los hilos —como versos— del “Retrato”. Estrofa a estrofa, Antonio Machado enumera su biografía —de manera parcial, eso sí: no se casará con Leonor Izquierdo hasta un año y medio más tarde, acaba de llegar a Soria— y logra uno de sus poemas más memorables, quizá con “Recuerdo infantil” esos versos que nos saltan al pronunciar su nombre. De “Retrato” llama también la atención la combinación entre música y lenguaje claro, el tono coloquial que no se afilia al prosaísmo, sino que vuela lírico.

En la primera estrofa se detiene Antonio Machado en la infancia en una Sevilla que la memoria ha transformado en territorio ideal, espacio en el que el recuerdo gana a la verdad; en la juventud, marcada por el paso del tiempo en ese «huerto claro donde madura el limonero», intentando esconder a su sombra aquellos episodios de la biografía que prefieren olvidarse. El amor concebido como cobijo, como sinónimo de seguridad, protagoniza la segunda estrofa —la pieza clave de la vida, puesto que la sitúa justo después que los propios datos biográficos—, enlazado con la modestia habitual del autor, cuyo aspecto y actitudes lo separan de Mañara y Bradomín. A la familia, a la «sangre jacobina», se alude en la tercera estrofa; ahí también aparecen la bondad, la condición ciudadana y el compromiso, adquiridos por herencia. La cuarta y quinta estrofas introducen la conciencia —y la importancia— de la escritura: Antonio Machado aboga por una poesía en la que se encuentren —en armonía— la belleza y el mensaje, por un arte que no ahogue a la vida. Lo esencial, las «viejas rosas» cortadas, la independencia —la soledad, si se quiere—, la decisión de escuchar una voz de entre todas las voces.

La estrofa sexta estrecha la relación entre la literatura y la vida, preguntándose si es «clásico o romántico»,

una duda que suponemos en torno a la poesía pero que también podría aplicarse a la propia existencia. Para la estrofa séptima, Antonio Machado escoge la soledad, la amistad y la religión: el simbolismo de este grupo de elementos —estar solo, estar acompañado de una forma, estar acompañado de otra forma—, y sobre todo la alusión a Dios como una relación de igual a igual —a él «espera hablar», por lo que deducimos que él escucha— trenza un Machado quizá lejano al retrato que los demás han pintado. Después de todo, este poema es su retrato propio. El poeta deja lo material para el cierre, lo menciona de pasada: el dinero que gana, la ropa que viste y la casa —de «mansión» la califica, entre la humildad y la ironía— que habita en la novena estrofa, en la décima su propia muerte, leve e imperceptible para el resto, «ligero de equipaje,/ casi desnudo».

Una hipotética escala de la sinceridad resulta inútil —e insuficiente— para medir los poemas de Antonio Machado. No se implica más Machado en este poema que en el CXIX de *Campos de Castilla* —«Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería»—, brevísimo y doliente por la muerte de Leonor, o la “Meditación del día” escrita en Rocafort, en febrero de 1937 —evacuada de Madrid la familia Machado, en plena Guerra Civil—, y que termina pensando «en España vendida toda/ de río a río, de monte a monte,/ de mar a mar». En “Retrato” falta la implicación descarnada con la que aborda estos textos, y a cambio aporta una primera persona más rotunda, un ejercicio de autobiografía concreta, un retrato verdadero. Rubén Darío rezó por él, pero Antonio Machado demostró ser capaz de salvarse por sí mismo, pese a que «todo narcisismo/ es un vicio feo,/ y ya viejo vicio».